

Domingo 3 Adviento. Año B

Lectio divina sobre Jn 1,6-8.19-28

El evangelio hoy nos ha presentado la figura del Bautista: Juan presentaba cercano a Dios y se puso a proclamarlo. Por su género de vida y sus convicciones personales, no debió caer demasiado simpático a sus conciudadanos; no le importaba lo que de él se pensase, le interesaba su misión personal y su Dios por venir: estando ya de camino, había que dedicarse en cuerpo y alma a prepararle la llegada. Su testimonio de vida debería hoy animarnos a nosotros, que sabemos que Dios se hizo presente en el mundo de los hombres. No nos debería apesadumbrar el hecho de que sabemos todavía poco sobre Cristo o que no sabemos muy bien dónde se nos ha quedado: ¡ojalá tuviéramos el corazón de admitir que no nos podemos comparar con Cristo, que lo que ven en nosotros los demás no es lo que en Él han de ver cuando venga! Así comprenderán que el Dios que anunciamos, aquél a quien servimos, es mucho mejor de cuanto nosotros logramos anunciar y mayor que nuestras realizaciones. Tal fue el testimonio del Bautista: no era la luz plena, pero sí el alba que la anuncia; no era el mesías sino su voz; por no ser, no era ni digno de serle siervo, pero fue lo suficientemente bueno como para vivir esperándole y mantener la esperanza viva en otros.

⁶Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: ⁷éste venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que por él todos vinieran a la fe. ⁸No era él la luz, sino testigo de la luz.

¹⁹Y éste fue el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron desde Jerusalén sacerdotes y levitas a Juan, ²⁰a que le preguntaran:

- «¿Tú quién eres?»

Él confesó sin reservas:

- «Yo no soy el Mesías.»

²¹Le preguntaron:

- «¿Entonces, qué? ¿Eres tú Elías?»

El dijo:

- «No lo soy.»

- «¿Eres tú el Profeta?»

Respondió:

- «No.»

²²Y le dijeron:

- «¿Quién eres? Para que podamos dar una respuesta a los que nos han enviado, ¿qué dices de ti mismo?»

²³Él contestó:

- «Yo soy la voz que grita en el desierto: "Allanad el camino del Señor", como dijo el profeta Isaías.»

²⁴Entre los enviados había fariseos ²⁵y le preguntaron:

- «Entonces, ¿por qué bautizas, si tú no eres el Mesías, ni Elías, ni el Profeta?»

²⁶Juan les respondió:

- «Yo bautizo con agua; en medio de vosotros hay uno que no conocéis, ²⁷el que viene detrás de mí, y al que no soy digno de desatar la correa de la sandalia.»

²⁸Esto pasaba en Betania, en la otra orilla del Jordán, donde estaba Juan bautizando.

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

El testimonio de Juan es el primero de una serie, con la que el evangelista presenta la persona de Jesús, y que se concluirá con su autorrevelación. El Bautista se ve obligado a dar razón de su actividad y de su misión; todo lo que es y hace está en función del que ha de venir después. Con una triple negación corrige las posibles expectativas de los judíos: no es quien esperan, tan sólo su portavoz; proclama lo que debe y no cuanto estaban dispuestos a oír sus interlocutores. No es poca la valentía que se necesita para atreverse a desairar las esperanzas de cuantos se han interesado por él; pero ha de ser fiel a su misión personal y a su Dios. Y por eso anuncia, con su actuación lo mismo que con su palabra, algo que no se esperaban: quien esperan ya está en medio de ellos. ¿A qué sirve una espera que no nos prepara para reconocer al que hemos esperando tanto? La advertencia que el testimonio del Bautista encierra, sigue siendo actual: podemos perdernos a Dios, tan deseado, tanto tiempo esperado, sólo porque no lo reconocemos ya entre nosotros.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

Ahí radica el misterio de la Navidad y la razón de nuestra alegría: quien puede recordar que su Dios se hizo hombre, no podrá mientras viva como hombre y junto a los hombres sentirse alejado de Dios. En los sucesos de todos los días, tristes o gozosos, pequeños y grandes, quien cree en la Navidad ha de descubrir otras tantas huellas del paso de un Dios que se cuida del hombre y de su mundo, porque moró un día en él y no ha querido ser Dios sin hacerse hombre. Cuando esta afirmación

de la fe cristiana se hace convicción personal, cuando este descubrimiento llega a ser experiencia diaria, se convierte de forma natural en fuente de gozo profundo, capaz de superar cualquier prueba y de vivirse en cualquier circunstancia.

Y la prueba más frecuente - la más sutil y, por tanto, la más difícil de superar - es la de pensar que Dios tiene poco que hacer en nuestro mundo, que Dios ha perdido su interés en nosotros. Verdad es que vivimos en un mundo tan inhóspito e injusto que fácilmente sofoca toda esperanza; verdad es que no acabamos de creernos que Dios esté interesado en nosotros todavía. Somos precisamente nosotros, quienes aún creemos en la navidad, los que damos la impresión de vivir con mayor resignación el presente y con menor confianza afrontamos el futuro; debería ser exactamente lo contrario: si Dios ha puesto su confianza en nuestro mundo una vez, tanta como para hacerse en Jesús, el hijo de María, un ciudadano más de él, ¿qué habrá que esperar para ponernos a valorar por fin el mundo en el que vivimos?; ¿por qué hemos de ser nosotros, los creyentes en la encarnación de Dios, quienes más desconfiamos del hombre y del mundo? Si Dios se nos manifestó en un hombre, débil y necesitado como cada uno de nosotros, como todos los hombres que encontramos en nuestra vida, ¿por qué no descifrar en el gesto de cada persona que encontramos el gesto, sea sonrisa o petición de ayuda, de nuestro Dios encarnado? Porque una cosa es segura: no podemos ilusionarnos con encontrar a Dios allí donde El no se nos ha quedado, en nuestros frecuentes sueños o en el lejano cielo.

Quizá aquí radique la causa de la tristeza con que vivimos la fe en la encarnación de Dios: no encontramos a Dios, porque lo buscamos allí donde no se dejó ver; el Dios cristiano está siempre a nuestro alcance - y ésa es la causa de nuestra alegría -, en el prójimo, en el hombre que más nos necesita. Quien aprende a descubrirlo tan próximo, tendrá a Dios al alcance - nunca mejor dicho - de la mano, lo alcanzará en cualquier encuentro, lo identificará en todo rostro humano. Tener tan cerca a Dios no puede por menos que restituirnos la alegría de vivir. Y es que no es para menos: si para toparse con el Dios cristiano no hay que desertar del mundo de los hombres, no se ve cómo pueda resultar imposible vivir junto a Él. Y si tan próximo está de nosotros, el gozo y la alegría de vivir nos son posibles.

Porque el gozo no depende tanto de cuanto logremos obtener de la vida, sino de la seguridad de no tener que perder lo que Dios nos ha dado en ella y nos sigue dando a través de ella: la navidad próxima no tendría que reducirse a una fiesta de familia, que celebremos una vez al año, ya que es un auténtico programa de vida para cuantos, celebrándola, nos sentimos familia de Dios. Creer, en efecto, que Dios se ha hecho uno de nosotros tiene consecuencias claras: si Dios no le hizo ascas a ser hombre, algo habrá de divino, algo que merezca la pena, en ser hombre como nuestro Dios; nos está, pues, prohibida la tristeza de vivir a cuantos sabemos que, estemos donde estemos, suceda lo que suceda, podemos, mientras vivimos como hombres, sentirnos familiares todo un Dios, el nuestro.

El evangelio hoy nos ha presentado la figura del Bautista: Juan presentia cercano a Dios y se puso a proclamarlo. Por su género de vida y sus convicciones personales, no debió caer demasiado simpático a sus conciudadanos; no le importaba lo que de él se pensase, le interesaba su misión personal y su Dios por venir: estando ya de camino, había que dedicarse en cuerpo y alma a prepararle la llegada. Su testimonio de vida debería hoy animarnos a nosotros, que sabemos que Dios se hizo presente en el mundo de los hombres. No nos debería apesadumbrar el hecho de que sabemos todavía poco sobre Cristo o que no sabemos muy bien dónde se nos ha quedado: ¡ojalá tuviéramos el corazón de admitir que no nos podemos comparar con Cristo, que lo que ven en nosotros los demás no es lo que en Él han de ver cuando venga! Así comprenderán que el Dios que anunciamos, aquél a quien servimos, es mucho mejor de cuanto nosotros logramos anunciar y mayor que nuestras realizaciones. Tal fue el testimonio del Bautista: no era la luz plena, pero sí el alba que la anuncia; no era el mesías sino su voz; por no ser, no era ni digno de serle siervo, pero fue lo suficientemente bueno como para vivir esperándole y mantener la esperanza viva en otros.

Pues si el mejor testigo del Dios que se acerca fue un hombre que apenas supo decir más que no era él que debía venir, que no debían confundirlo con el Mesías, ¿cómo no encontrar de nuevo el coraje nosotros y la ilusión de testimoniar a Cristo en nuestro mundo? Basta saberlo en camino y saber que uno no es digno de él ni para ponerse a su servicio; pero hay que decirlo con la vida, con obras que hablen y con palabras que lo signifiquen. Para ser precursor de Cristo no hace falta ser mejor, basta con ser cristiano: quien conoce que Dios tiene voluntad de encontrarse con los hombres, está llamado, como el Bautista, a servirle de portavoz y pregonero.

Pongamos, pues, a la disposición de este Dios que esperamos y recuperaremos la alegría de vivir en este mundo y vivir la misma que conoció entre los hombres de Galilea el hijo de Dios. Si el mundo y los hombres fueron dignos de nuestro Dios, ¿qué podremos encontrar nosotros en ellos que los hagan indignos de nosotros? Quizá le esté faltando al mundo ilusión en la vida, alegría de vivir, algo que es patrimonio del cristiano. ¿A qué servirá celebrar otro año la navidad si no nos hace más humanos y más alegres a cuantos en ella creemos?